

Del “hombre elefante” a “la mujer más fea del mundo”

Forma de citar este artículo en APA:

Ríos Madrid, M. (2016). Del “hombre elefante” a “la mujer más fea del mundo”. *Revista Poiésis*, 288-295.

Myriam Ríos Madrid*

Resumen

Internet, con su predominio de la imagen han dado un toque nuevo a la vieja agresividad humana, que ahora se deleita, se ensaña con la fealdad, la pobreza, la diferencia y la intimidad del otro. Como en otras épocas, hoy, el ser humano muestra que es despiadado, cruel, brutal con sus semejantes, y que haciendo uso de su inteligencia, ha puesto la tecnología al servicio de esta pulsión agresiva, exhibiendo, publicando, mostrando en las llamadas redes sociales todo lo que es capaz de hacer frente al semejante, mostrando que el semejante siempre es el blanco perfecto de esa agresividad que lo constituye.

Palabras clave:

Agresividad, Internet, Intimidad, Bullying, Espectáculo, Redes sociales, Imagen.

* Docente del Programa de Psicología-Funlam.

Hace unos días, el locutor de una famosa emisora radial estuvo involucrado en un escándalo que movió durante varias semanas a los medios de comunicación, El locutor en cuestión, había subido a una red social un video hecho por él mismo, sin consentimiento de la afectada, en el que se burlaba de un defecto físico presente en una joven, defecto que le daba una particular apariencia a sus piernas. La publicación del video en Facebook alcanzó miles de reproducciones, y por supuesto, miles de "me gusta". Finalmente, en un indudable acto de doble moral, luego de saberse que la mujer ridiculizada tenía el síndrome de Marfan, los crueles usuarios de las redes sociales se inclinaron al unísono a favor de la mujer y se fueron lanza en ristre condenando la acción del famoso locutor.

Vale la pena señalar que algunos de estos locutores, han conseguido posicionarse a nivel social y desde su ignorancia y analfabetismo funcional, desempeñan diversos papeles, que van desde psicólogos, pasando por médicos, politólogos, sociólogos, abogados, gastrónomos, dietistas, entre otros. Es decir, se creen expertos es todo y con micrófono al aire capturan una audiencia acrítica, a la que sólo le interesa el morbo, el espectáculo. Así, en una franca y desleal competencia, hacen de psicólogos al aire, resolviendo problemas de todo tipo, diagnosticando, aconsejando, calmando, atendiendo en crisis a los sufridos oyentes que se vuelcan a ellos buscando ayuda, y la encuentran, por partida doble, pues en estos consultorios ambulantes les "resuelven" el problema, los tranquilizan, los desresponsabilizan, y de paso, logran unos minutos de fama al aire, mientras cuentan su experiencia para miles de morbosos oyentes. Algo que nos parece chocante, ridículo, pero que a las masas les gusta, les fascina, les deleita. La fama, la efímera fama, es la fama, parecen decir, aunque se consiga a costillas del dolor propio, de la exhibición de la miseria personal. Vale la pena que como psicólogos, pensemos en la cantidad de clientes, diría Maslow, que estos gurús actuales nos arrebatan cada día.

Ahora bien, retomando el asunto inicial, ante la presión social desatada cuando la mujer burlada puso la cara en los medios mostrando la indignación por la burla, el locutor finalmente renunció a su empleo, con lo que muchos creyeron que se había hecho justicia.

El caso, para muchos, fue una anécdota más en el maremágnum de anécdotas diarias que circulan en las redes y medios de comunicación, pero, a mi modo de ver, este hecho nos muestra de modo contundente la agresividad humana, el desprecio que solemos mostrar los seres humanos frente a los otros, el narcisismo, la hipocresía, la doble moral, en resumen, la "terrible condición humana". Condición que no ha cambiado mucho a lo largo de la historia y que ahora con la mediación de las nuevas tecnologías ha adoptado formas particulares, acordes, por ejemplo, al imperio, al predominio de la imagen y la masificación de los dispositivos que la reproducen.

El asunto no es nuevo, es innegable que los seres humanos siempre han disfrutado con el dolor de los otros, explotándolos, humillándolos, torturándolos, y, hasta exhibiéndolos. A lo largo de la historia, quienes son diferentes han sido vistos con recelo, con curiosidad, han sido despreciados, rechazados, excluidos y exhibidos, explotados en su rareza, cosa que también ha sucedido con los animales; pero quizás, esta rareza causa más fascinación cuando se refiere a los seres humanos,

quienes por ese narcisismo que nos hace creer hijos de dioses, y por lo tanto, portadores de una perfección particular, cuando vemos seres que se apartan de esos cánones fisionómicos, nos parecen todavía más exóticos, más dignos de curiosidad, de burla, de corrillo.

Junto con los animales, quienes por su indefensión frente al hombre, que ha sabido cazarlos, enjaularlos, dominarlos y exhibirlos, los seres humanos diferentes en su fisionomía han sido objeto de exhibición, dándose así una situación en la que animales y humanos han coexistido en los circos desde hace cientos de años, acompañándose y haciendo shows para deleitar el voyerismo de las multitudes que sedientas de espectáculo, pagarían por ver y exhibir a su propia madre, en el caso en que ésta tuviera alguna deformación o rasgo poco común.

En este sentido, valdría la pena recordar que a principios del siglo XIX, un caso extraño llamó la atención de la sociedad europea, deleitando a miles de espectadores que por mucho tiempo disfrutaron al ver una anatomía exuberante en exceso. Se trataba de una africana, Sarah Baartman, quien era poseedora de unos glúteos voluminosos, característica que a los europeos les parecía, entre otras cosas, un error, una anomalía de la naturaleza, algo que de oídas, generaba incredulidad, escepticismo. La mujer, quien tenía la típica esteatopigia (acumulación excesiva de grasa en los glúteos) propia de algunas a tribus africanas, fue exhibida en Londres, París y otras ciudades europeas.

A los espectáculos en los que era exhibida, asistía gente de todos los sectores sociales que pudiera pagar la entrada. Los asistentes se acercaban a ella para observar sus descomunales nalgas, la miraban exhaustivamente, la punzaban, la tocaban para comprobar que no era un artificio, un postizo.

Los aristócratas y burgueses, pagaban por exhibiciones privadas en las que se deleitaban con este fenómeno. Igualmente, Médicos y científicos de la época también se acercaron a ella para examinarla, estudiarla y dar sus opiniones frente a lo que a todas luces era un exabrupto de la naturaleza, el rasgo de una raza intermedia, un eslabón perdido entre el hombre y los simios. Así, en las descripciones que se hicieron de ella, se halló siempre una gran semejanza con los orangutanes.

En esta desdichada mujer, quien además de ser explotada laboralmente, cayó en la prostitución, el tabaquismo y el alcoholismo, los hombres del primer mundo encontraron un excelente ejemplo para desplegar su racismo, su desprecio por los africanos que fenotípicamente no se ajustaban a los cánones estéticos de la ilustrada raza blanca europea.

De manera semejante, en la segunda mitad del siglo XIX, Joseph Merrick, el llamado hombre elefante, logró, por algunos años, ganarse la vida exhibiéndose principalmente en Londres, en ferias y otros espectáculos circenses. El hombre elefante exhibió, además de una enfermedad desconocida, una existencia dolorosa, llena de inquietud y desasosiego, siendo blanco del desprecio por parte de su familia cercana, que nunca le mostró amor y que prácticamente desde niño lo arrojó a las calles de la urbe a buscar su sustento. Era un hombre muy sensible, y su deformidad lo sumió en la soledad y la tristeza.

Merrick, cuyo crecimiento anormal del cráneo terminó por llevarlo a la muerte (murió desnucado por el peso de su cabeza) mostraba una gran inteligencia, cosa que no interesó a sus coetáneos, quienes estaban más preocupados por observar su horrorosa apariencia física.

Así, podríamos citar múltiples casos de este tipo presentados en el pasado, casos en los que seres humanos eran exhibidos en circos y ferias dadas sus particularidades físicas. Casos que nos muestran la pasión del ser humano por humillar, ridiculizar, descalificar, excluir a quienes considera diferentes a sí mismo. Es este el punto neurálgico de este asunto y el que me evocó, precisamente, el suceso del locutor mencionado. No podemos olvidar lo que es el ser humano frente a otros seres humanos, ya Freud, en su momento, se encargó de recordárnoslo:

El ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional, una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo. "*Homo homini lupus*" (Freud, 1979, p. 108)

Con gran dificultad logra el hombre convivir en la cultura, logra acatar los preceptos y recomendaciones de convivencia, pues siempre está pendiente de su vecino, de sus congéneres, siempre está a la defensiva, siempre juzga según su condición, resultándole muy difícil querer a sus semejantes, Freud (1979) también lo señaló, refiriéndose a la imposibilidad de amar al otro, tal como lo manda el precepto bíblico:

No es sólo que ese extraño es, en general, indigno de amor; tengo que confesar honradamente que se hace más acreedor a mi hostilidad, y aun a mi odio. No parece albergar el más mínimo amor hacia mí, no me tiene el menor miramiento. Si puede extraer una ventaja, no tiene reparo alguno en perjudicarme, y ni siquiera se pregunta si la magnitud de su beneficio guarda proporción con el daño que me infiere. Más todavía: ni hace falta que ello le reporte utilidad; con que sólo satisfaga su placer, no se priva de burlarse de mí, de ultrajarme, calumniarme, exhibirme su poder; y mientras más seguro se siente él y más desvalido me encuentre yo, con certeza tanto mayor puedo esperar ese comportamiento suyo hacia mí (p. 107).

El texto de Freud no deja muy bien librado al ser humano en términos del amor al prójimo, de la consideración por el otro; refleja muy bien la situación de abuso, humillación, desprecio que hemos planteado. El caso del locutor no es el único, constantemente se ventilan casos de lo que ahora se llama ciberbullying o acoso; así, recientemente se desató otra controversia por la cantidad de comentarios ofensivos que recibió la publicación en primer plano de la imagen de los labios de una modelo africana; los comentarios ofensivos no se hicieron esperar, el racismo se tomó las redes sociales, junto con la burla y la descalificación estética de la mujer. En este mismo sentido, recientemente se publicaron las imágenes de una madre norteamericana acompañada de su hijo, suplicando que no le hicieran más bullying ni lo pusieran en los famosos "memes" exhibiendo su fealdad, pues el pequeño tiene una enfermedad que es la causante de su particular apariencia física.

Nos encontramos así en un momento en el que la tecnología y con ella la inmediatez y la ubicuidad de la imagen han configurado una forma de relacionarnos con los otros, de ver a los otros, a esos que en términos de Freud, nos cuesta tanto amar, respetar, aceptar.

Estableciendo una comparación entre el pasado y hoy, podríamos decir que antes se pagaba la entrada a los circos para ver a los humanos deformes, hoy, las redes sociales exhiben, casi gratis, la fealdad, la deformidad, la pobreza, los errores y fracasos de los seres humanos. Antes, el espectáculo se hacía para pocos espectadores, quienes concurrían a un lugar especial, el circo, la feria, la presentación privada, hoy, la difusión de la imagen es masiva, cada uno con su dispositivo, en su casa, en el trabajo, en el metro; la asistencia se configura en miles, millones de espectadores, millones de ojos observando, criticando, riendo; ahora todo es público, cualquier aspecto humano corre el riesgo de volverse público, y más que público, de dominio mundial, global.

En este sentido es interesante citar a Paula Sibila (2012), quien en su libro “la intimidad como espectáculo” señala:

Actualmente, sin embargo, en estos inicios del siglo XXI, el mundo occidental atraviesa serias transformaciones que afectan los modos en que los individuos configuran sus experiencias subjetivas. El *homo privatus* se disuelve al proyectar su intimidad en la visibilidad de las pantallas, y las subjetividades introdirigidas se extinguen para ceder el paso a las nuevas configuraciones alterdirigidas (p. 127).

La privacidad pasó a ser algo del pasado, ahora, cada segundo, la intimidad es puesta en la esfera pública. No se trata sólo de la propia intimidad, también se expone la de los otros, la que se captura sin su consentimiento y la que se reproduce una y mil veces en el goce repetitivo de reenviar las imágenes que le llegan al dispositivo a cada usuario.

La vida privada no existe ya, tanto por voluntad propia, como por violación de la intimidad que hacen los otros. Es claro que hoy, millones de seres humanos cautivados por los medios de comunicación se dedican a exhibir en las redes sociales cada instante de su vida íntima, subiendo fotos o comentarios sobre el más trivial acontecimiento de su rutinaria vida. Todo, absolutamente todo es puesto y expuesto a la opinión pública, sedienta de espectáculo, quien a su vez, se encarga de reproducirlo, multiplicarlo, elevarlo a la ene potencia de la exhibición. En este “todo”, cabe cualquier suceso referente a la sexualidad, la enfermedad, la muerte, la violencia doméstica, el control de esfínteres, la gastronomía, los viajes, el estudio, el trabajo, las fiestas, el onanismo, el desencuentro amoroso, los accidentes, y todo lo que pueda caber en el día a día de una existencia humana. Al respecto, señala Byung-Chul Han (2013) en su libro “La sociedad de la transparencia”:

El mundo no es hoy ningún *teatro* en el que se *representen y lean* acciones y sentimientos, sino un *mercado* en el que se exponen, venden y consumen intimidades. El teatro es un lugar de *representación*, mientras que el mercado es un lugar de *exposición*. Hoy, la *representación* teatral cede el puesto a la exposición pornográfica (Han, 2013, p. 68).

Se cae en la obscenidad, en una exhibición pornográfica que muestra todo, que transparenta todo, que no guarda nada, que no deja nada oculto, que exhibe lo íntimo como si se tratara de una mercancía que circula, literalmente, de mano en mano, que se exhibe para la venta, que se paga con "likes", con fama o con dinero, caso por ejemplo, de los "youtubers", que consiguen dinero según el número de visitas que tengan los videos en los que exhiben sus recetas, sus fórmulas, su intimidad o la estupidez de sus opiniones o acciones.

Ahora bien, habíamos mencionado el imperio, el predominio de la imagen que se vive hoy, vale la pena señalar que el ser humano siempre ha tenido fascinación por la imagen, pero esta fascinación parece haber llegado hoy al culmen con la mediación de las nuevas tecnologías. Al respecto señala Sibila:

En esta cultura de las apariencias, del espectáculo y de la visibilidad, ya no parece haber motivos para zambullirse en busca de los sentidos abismales perdidos dentro de sí mismo. Por el contrario, tendencias exhibicionistas y performáticas alimentan la persecución de un efecto: el reconocimiento en los ojos ajenos, y sobre todo, el codiciado trofeo de *ser visto*. Cada vez más, hay que *aparecer* para *ser*. Porque todo lo que permanezca oculto, fuera del campo de la visibilidad ya sea dentro de sí, encerrado en el hogar o en el interior del cuarto propio corre el riesgo de no ser interceptado por ninguna mirada. Y según, las premisas básicas de la sociedad del espectáculo y la moral de la visibilidad, si nadie ve algo, es muy probable que ese algo no exista (Sibila, 2012, p. 130).

Ante este imperativo de la imagen, es claro que la razón, el intelecto, la autorreflexión parecen haber muerto, bajo el peso de una época a la que sólo le interesa lo que se ve, lo que se exhibe, aquello que la mirada captura rápidamente. El hombre actual no parece tener otra preocupación diferente a la de ser visto, a la de aparecer, a la de exhibirse y ser contemplado. Esta es su vida, la imagen ha pasado a ser la garantía de su existencia, es su existencia misma, una existencia que discurre a la velocidad de un click, de un like, de la imagen que pasa veloz al contacto con los dedos, que no necesita de análisis, de reflexión, que no necesita nada. El mundo actual, como ningún otro, muestra la fascinación por la imagen, es un mundo lleno de seres presos en la imagen; millones de enamorados de la imagen, millones de desconocedores de sí mismos, de la verdad de su ser, millones de despreciadores del conocimiento profundo. Al respecto señala Byung-Chul Han:

la comunicación visual se realiza hoy como contagio, deshago o reflejo. Le falta toda *reflexión* estética. Su estetización es, en definitiva, anestésica. Por ejemplo, para el "me gusta" como juicio de gusto, no se requiere ninguna contemplación que se demore. Las imágenes llenas de valor de exposición no muestran ninguna complejidad. Son inequívocas, es decir, pornográficas. Les falta toda ruptura, que desataría una reflexión, una revisión, una meditación (Han, 2013, p. 32).

La mirada que suele lanzarse sobre las imágenes es rápida, fugaz, lo que no la hace menos inquisidora, menos brutal al momento de lanzar un "me gusta" o un "no me gusta". Es una mirada que cree tener en su esencia, consustancial a sí, el verdadero juicio estético, cree saber con seguridad qué es lo bello, qué es lo mejor, pues habitualmente, lo bello es el punto al que hay que llegar, es lo que hay que aplaudir, felicitar, celebrar, difundir.

El valor de la exposición depende sobre todo del aspecto bello. Así, la coacción de la exposición engendra una necesidad imperiosa de belleza y un buen estado físico. *La operación belleza* persigue el fin de maximizar el valor de la exposición. Los *modelos* actuales no transmiten ningún valor interior, sino tan sólo medidas exteriores, a las que se intenta corresponder incluso con el uso de medios violentos. El imperativo de exposición conduce a una absolutización de lo visible y exterior. Lo invisible no existe, porque no engendra ningún valor de exposición, ninguna atención (pp. 30-31).

Este predominio de la imagen ha engendrado una pasión por el cuerpo, por el cuerpo considerado bello, cayendo en situaciones que muestran lo despiadado que puede ser el hombre frente a sus semejantes, como por ejemplo, el nombrar a alguien "la mujer más fea del mundo", subiendo, sin su consentimiento, un video a you tube, video que colecciona millones de reproducciones y de comentarios ofensivos que van desde la recomendación del suicidio, según ellos, la mujer debe suicidarse por fea; hasta echarle la culpa a los padres por no haberla abortado, por fea, por supuesto. La mujer, como en otros casos señalados, sufre una serie de enfermedades que le dan su particular apariencia física, cosa que a millones de seres humanos les parece cómico, digno desprecio, rechazo, asco y odio.

Si quisiéramos pensar en una figura para expresar esto, diríamos que hoy el escenario social es un gran baile de pavos reales exhibiéndose frente a los otros, cautivados por su propia imagen; cada uno absolutamente convencido de su belleza, de su perfección, de ser el mejor, cada uno creyéndose con derecho a descalificar a los demás, a excluirlos de su círculo, a ridiculizarlos, a desvalorizarlos.

Desde mi punto de vista, este fenómeno podría equipararse al que Freud llamó "narcisismo de las pequeñas diferencias" (Freud, 1979:111), proceso psíquico que muestra que el pertenecer a un grupo permite excluir a otros, manifestándoles la agresividad, precisamente, por no pertenecer a nuestro grupo. Para lo que venimos presentando, es evidente que en las redes sociales se han formado grupos "bellos" o de quienes se consideran bellos, o que aun sin serlo, piensan que tienen el derecho de burlarse de quienes no pertenecen a su círculo, los feos, los deformes, enfermos, viejos, también, grupos que excluyen a los torpes, los pobres, los de otra clase social, otra religión, entre otros.

Es esta, una cultura pegada de la apariencia, hipnotizada por la tecnología y que parece ver en ella una manera de huir del tedio de la existencia, una manera de pasar la vida sin cuestionarse nada y una forma de descargar el odio que se siente por los semejantes. Es igualmente una cultura en la que las masas supuestamente se hacen oír, tienen presencia, pero desafortunadamente no siempre lo que piensan las masas, lo que expresan, lo que aplauden, lo que les gusta, lo que exhiben, es lo mejor para la cultura.

Para terminar, es válido traer a Freud, quien en 1932 ya hablaba de "la vacuidad de los ideales contemporáneos" (Freud, 1979, p. 207). Qué diría si viviera hoy, viendo esta cultura a punto de naufragar en el mar de elogio vacío, de la estupidez generalizada, del "me gusta" fugaz, irresponsa-

ble, acrítico, ridículo y cargado de odio. Muy seguramente diría que donde sea que el hombre pise se ve la condición humana, condición cargada de insatisfacción, de deseo de aniquilar al otro, de hipocresía, de ambición, de envidia, de horror a enfrentarse a sí misma y de asumirse con todo lo que de ominosa tiene.

Referencias

Freud, S. (1979). El malestar en la cultura. Obras completas, tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1979). Mi contacto con Josef Poper-Lynkeus. Obras completas, tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.

Han, B. (2013). La sociedad de la transparencia. Barcelona: Herder.

Sibila, P. La intimidad como espectáculo. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.